

JOSEP PRAT I LA IRRUPCIÓ DE L'ACADEMICISME EN L'ARQUITECTURA TARDOBARROCA TARRAGONINA.

Anna Isabel Serra Masdeu, Diputació de Tarragona,
 Col·lecció Ramon Berenguer IV, Tarragona, 2010. 360 pàgs.
 ISBN 978-84-15264-01-9

España es uno de los paladines de la Contrarreforma católica. Los jesuitas españoles luchan en Trento para defender la indiscutibilidad del dogma y la primacía absoluta de los asuntos espirituales sobre los materiales; por otra parte, la acción de la Inquisición velará para que así sea. El poder de la iglesia será tremendo y dada la unidad española y su expansión americana tendrá mayores consecuencias que en la dividida Italia. Esto explica las características más notorias de nuestro Barroco: la primera es que la temática plástica y arquitectónica tendrá un definido carácter religioso; la segunda es que el arte, como en Roma, será utilizado como argumento propagandístico convincente del poder católico y estatal; y tercero nunca un estilo alcanzó tal variedad de motivos en los modelos constructivos y en la plástica popular. El Barroco español, tras la época de oficial austeridad del Escorial, parecerá dispararse a modo de riquísimos fuegos de artificio en mil innovaciones y estudios de fantasía creadora dentro de sus variaciones regionales.

Este es el caso de la presente obra realizada por la arquitecta e investigadora Anna Isabel Serra Masdeu, profesora de la Universidad Rovira i Virgili de Tarragona y perteneciente a un prolífico grupo de investigación especializado en el *Art del Renaixement i del Barroc a Catalunya*. Dicha autora nos ofrece una síntesis de su tesis doctoral dedicada a la arquitectura religiosa parroquial del s. XVIII en la archidiócesis de Tarragona y a sus artífices. Especial interés muestra hacia la figura del arquitecto y académico barcelonés

Josep Prat Delorta (1730-1788), introductor de los nuevos postulados academicistas en Cataluña promulgados desde la recién inaugurada Real Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid que abre sus puertas en 1752 bajo el reinado de Fernando VI. El espacio geográfico y arquitectónico de este ambicioso proyecto abarca las poblaciones situadas en las comarcas del Baix i Alt Camp y la Conca de Barberà y Tarragonès, con incursiones en terrenos del Baix Penedès, la Segarra, el Segrià y el Priorat. El marco cronológico de esta investigación parte de la llegada de Josep Prat a Reus en 1759. El otro extremo corresponde a 1802, fecha en que los tarraconenses inauguran la academia del *Dibux i Nàutica* en la propia ciudad. El apogeo económico de esta región viene dado sobre todo en el campo de la agricultura con el cultivo de la vid, junto con la posterior realización y venta de exquisitos vinos y aguardientes. Este aumento de beneficios permitirá remodelar, arreglar o construir iglesias de nueva planta. Las fábricas nacidas gracias a la solvencia económica y a la labor de los comitentes eclesiásticos reciben un nombre aclaratorio y evocador por parte de la historiografía catalana, son las denominadas *Catedrals del vi* (catedrales del vino). Desde 1793, los pueblos de la archidiócesis de Vilafranca, Valls y Reus constituyen el mercado de aguardiente más importante de Cataluña. Su salida al comercio exterior se realizaba a través de los puertos marítimos de Salou, Tarragona, Cambrils y Altafulla, con suculentos importadores en Marsella (Francia), Génova (Italia) o Valencia en territorio español.

El grueso de la investigación presentada en este volumen se concentra en siete capítulos (del 2 al 9), precedidos por una introducción, rematados por las conclusiones. El estudio se acompaña de una sintética bibliografía y un amplio apartado de ilustraciones. Los dos primeros capítulos del libro se dedican al análisis de las fuentes empleadas. Este trabajo de campo culminó una ingente labor de vaciado documental y bibliográfico centrado, fundamentalmente, en las bibliotecas y archivos catalanes y madrileños; en Barcelona: el Archivo de la Corona de Aragón, el Archivo de las Carmelitas Descalzas de Cataluña y Baleares, el Archivo Diocesano, el Archivo Histórico de la Ciudad, el Archivo Histórico de Protocolos, el Archivo Municipal y el Archivo del Servicio Militar; en Tarragona: el Archivo Capitular, el Archivo Histórico Archidiocesano, el Archivo Histórico Municipal y las bibliotecas de la Facultad Rovira i Virgili y la del Arte Moderno; en Madrid: el Archivo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, el Archivo del Congreso de los Diputados, el Archivo Histórico de Protocolos y la Biblioteca Nacional. Así desde el capítulo dos al seis se analizan todas las construcciones previas a la instauración de los modelos académicos en la archidiócesis de Tarragona. Conviene señalar el papel participativo de los comitentes eclesiásticos que funcionan como un auténtico mecanismo de subvención directa. Los más destacados son los arzobispos Joaquín de Santiyán (1779-1783) y Francesc Armanyà i Font (1783-1803), verdaderos impulsores de la reforma urbanística y ornamental de la ciudad de Tarragona. Junto a ellos diversos canónigos como Félix Amat, Carlos de Posada y nobles como Joseph Antoni de Castellarnau, Antoni Martí Franqués o el barón de Maldà. Otro aspecto a tener en cuenta en el proceso de remodelación y construcción de iglesias parroquiales y ermitas es el terrible terremoto acaecido en 1693, originado en Sicilia, que había dejado en estado ruinoso numerosas fábricas románicas y góticas. Estas circunstancias propiciarán la llegada a la ciudad tarraconense de maestros de obras, arquitectos e ingenieros, cuyo objetivo no es otro que reconstruir y embellecer la ciudad y su archidiócesis.

A lo largo del capítulo siete se desarrolla el gran impacto que tuvo sobre la organización

territorial y artística la creación de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en Madrid. Dicha institución contaba con predecesores europeos, como la Academia de San Lucas promovida por el papa Urbano VIII en 1620 o la Academia de Bellas Artes de París fundada por el ministro de finanzas Colbert en el año 1671. Ambas poseen un denominador común: formar artistas para el desarrollo de las obras reales. La institución madrileña también tiene un soporte real desde el principio y su amplio desarrollo va a coincidir con el reinado del rey Carlos III. Este monarca primero transforma Nápoles en una ciudad barroca trayendo desde Roma los arquitectos italianos Fernando Fuga y Luigi Vanvitelli dotando a esta ciudad de un estilo internacional tardobarroco. Posteriormente, en Madrid, a través de un discurso ilustrado, va a intentar substituir los sedimentos artísticos y compositivos del arte barroco por modelos neoclásicos que llegaban de Francia. Los mecanismos de transmisión de los parámetros academicistas tienen una serie de soportes y divulgadores en Cataluña. En primera instancia los arzobispos que no se oponen a las nuevas corrientes neoclásicas y van a iniciar obras de envergadura durante su mandato. Así, cabe resaltar, la ampliación del palacio episcopal de Barcelona (1769), la catedral de Vic (1781), la nueva catedral de Lleida (1781) o la capilla de Sant Narcís de Girona (1782). En segundo lugar, los viajeros teóricos como Antonio Ponz (1725-1792), secretario de la Academia de San Fernando, viaja a Tarragona por orden del conde de Campomanes para describir sus obras de arte. En su obra *Viaje a España* (1772-1793) realiza una crítica tan mordaz a la arquitectura tradicional tarraconense que instigó a las instituciones a divulgar un arte de parámetros ilustrados basados en la simplicidad, economía y austeridad ornamental. Por último, los arquitectos salidos de la Academia y los ingenieros son los encargados de llevar a cabo dicho cambio. Tanto los maestros de obras (*mestres des cases* en Cataluña), como los frailes fabriqueros (*fra fabriquer*) o los arquitectos formados en Madrid tienen un nuevo intruso en su disciplina. Se trata de los ingenieros, hombres de formación militar que suplantaron a la cultura monacal desde la expulsión de los jesuitas en 1767. Los ingenieros funcionaban a partir de un esquema mucho

más rígido de trabajo que era traducido a sus obras a partir de la tríada: funcionalidad, utilidad y perdurabilidad. En Cataluña trabajan en zonas de vital importancia estratégica y militar como Barcelona, Tortosa, Lleida, Figueres, Tarragona o Roses. Restauraban fortificaciones, elaboraban el trazado de carreteras y realizaban trabajos de cartografía e incluso algún edificio de carácter público. La inmensa mayoría son instruidos en la Real y Militar Academia de Matemáticas de Barcelona fundada en 1720.

Los arquitectos académicos se convierten en especialistas del estilo nuevo neoclásico en contraposición al barroco que lo consideran obsoleto. A ellos correspondía hacer extensivo por todos los territorios de los Borbones su dedicación y los nuevos planteamientos arquitectónicos. Podemos citar algunos que cubrían ciertas franjas de territorio: en Galicia, Miguel Ferro Caaveyro, Melchor Prado y Mariño, Fernando Domínguez o Francisco Martínez Vidal; en Burgos, Fernando González de Lara y León Antón Díez; en Salamanca, Juan de Sagarvinaga; en Valladolid, Francisco Álvarez Benavides y Lesmes Gabilán; en León, Fernando Sánchez Pretejo; en la Rioja, Diego de Ochoa; en Aragón, Agustín Sanz y Francisco Rodrigo o en Murcia Salvador Gonzálbez Ros y Bartolomé Ribelles, entre muchos otros. En Cataluña esta aplicación de los principios de la Academia madrileña llega primeramente a través de los gremios de constructores y después al arquitecto catalán más sobresaliente que cursó en ella, Josep Prat Delorta (1726-1788). Existen muy pocos ensayos biográficos o referentes a su obra, de modo que el presente estudio reúne todas estas carencias en un análisis exhaustivo de su formación y producción arquitectónica. Josep Prat estudia en Cordelles en la Academia Militar de Matemáticas y se alista en el ejército que lo destina a África en 1742. Tras una larga estancia lejos de su tierra, vuelve a Reus en 1759. El barcelonés va a seducir a la Academia de San Fernando con la presentación de sus dibujos

para la capilla de Santa Tecla de la catedral de Tarragona y en pocos años, en 1774, obtiene el grado de académico de mérito. Asimismo entabla gran amistad con grandes arquitectos e ingenieros de la época como Fernando Sabatini o Alejandro Sánchez Taramás. Su sólida formación se va a traducir en múltiples encargos representativos de su carrera como el plano del puerto de Tarragona o la dirección de la construcción de la catedral de Lleida. Además de esto, en esta investigación encontramos la biografía de diversos arquitectos continuadores del legado de Josep Prat, muchos de ellos desconocidos por parte de la historiografía del arte como son: Joan Antoni Rovira Fraga (1729-1803), Ignasi Tomàs Fabregat (1744-1812), Doménech Tomás Fabregat (1746-1800), Andreu Bosch Riba (1750-1799), Simó Ferrer Burgués (1751-1823) o Ignasi March (1757- 1811).

Al final de su estudio Ana Isabel Serra analiza aquellas propuestas arquitectónicas más representativas de finales del barroco y de las nuevas importadas del estilo neoclásico madrileño utilizadas en las iglesias de la archidiócesis de Tarragona. Entre los planteamientos más habituales que se convierten en un auténtico *leitmotiv* destacan por mayoría en la ejecución: las plantas centralizadas, las plantas de una sola nave o salón, las capillas dedicadas a las devociones del momento como son las del Rosario o los espacios dedicados al Santísimo, las cúpulas rebajadas, el revestimiento decorativo de los antiguos campanarios románicos o las fachadas de pilastras de fuste acanalado. Todas estas manifestaciones y en especial esta tesis vienen a enriquecer el capítulo pendiente del estudio de las interpretaciones arquitectónicas regionales de un momento de transición como es el paso del extravagante barroco a nuevas líneas neoclásicas de marcado carácter ilustrado.

Javier Raposo Martínez
Universidade de Santiago de Compostela